

LA DECADENCIA DE LA POLIS
GRIEGA

Antonio Tovar

LA Fundación Pastor nos ha convocado a un grupo de estudiosos españoles, pudiéramos decir que filólogos de más o menos estricta observancia, para que, alrededor de un tema general, intentemos dar fe de vida con algunas aportaciones personales. En el ambiente intelectual no excesivamente estimulante que respiramos es bueno que contribuyamos, en la medida de nuestras fuerzas, a que el silencio, ese silencio que Ortega y Gasset profetizó con temor ante la muerte de Unamuno, no nos ahogue del todo. Al fin y al cabo, los estudios clásicos son una de las contadas ramas que en los últimos años han florecido sin agotarse o amarillar como otras.

En la elección de los temas de estudio histórico, cada siglo tiene sus afinidades electivas, y así se ha podido bien justificar que después de la revolución de 1848, en la que tomó parte activa, escribiera Mommsen su *Historia de Roma*, como después de la revolución rusa escribió Rostovtzeff su *Historia social y económica del Imperio romano*, y como este mismo gran historiador termina su colosal *Historia social y económica del mundo helenístico* precisamente cuando comienza la segunda guerra mundial. Porque ciertos aspectos del mundo helenístico se asemejan, con esa profunda y a la vez sólo aparente semejanza histórica, al mundo actual, y tenemos fenómenos como la concentración del poder y de la riqueza, luchas sociales violentas, regímenes de fuerza que van desde la demagogia con el reparto de bienes hasta la

pura represión a favor de las clases ricas, progresos de la ciencia técnica, capitalismo de Estado y economía dirigida, que atraen nuestro interés e invitan a la comparación y al estudio.

Es, pues, de un interés hasta cierto punto actual que la Fundación Pastor de Estudios Clásicos, y su presidente en primer lugar, nos haya convocado alrededor del tema de la época helenística. Y en cuanto al punto que vamos a examinar, la decadencia de la *pólis*, podría señalarse una de las coincidencias más curiosas y punzantes, si pensamos en la crisis de la nación y del Estado en nuestros días. Por supuesto que lo mismo en la historia se presenta siempre con la cara de lo diverso y lo profundamente diverso nos sorprende con la semejanza. Eso es lo que hace inagotable y rica la vida, y a pesar de toda la historia, nos deja imprevisible el mañana.

¿Qué es la *pólis* griega? En realidad, una versión de la eterna ciudad. El libro de la *Génesis* nos cuenta que Caín estaba construyendo la primera ciudad cuando su mujer concibió y dió a luz a su primer hijo (3, 17). Lo esencial de la ciudad es la concentración de gentes diversas unidas dentro del común recinto de la muralla, con autoridad común, territorio propio del que dependen económicamente. El modelo de las antiguas ciudades caldeas, las primeras que existieron, se extiende por todo el mundo de cultura alta, y la *pólis* griega no es sino una forma especial de esta creación. El comercio y la piratería permiten la aparición en la Creta prehistórica de las ciudades que en número de ciento harían legendaria a la isla. La civilización micénica traslada al continente, con un matiz de ciudad que rodea el castillo del señor, la concentración humana de tipo cretense. La evolución política, con sus etapas (monárquica, oligárquica, democrática con sus alternativas tiránicas), va sucesivamente fijando la forma en que cristaliza la *pólis* como medio de convivencia social y como portadora del poder. Para los griegos la ciudad no era, como para nosotros el Estado, algo sobrepuesto al individuo. El individuo está vinculado a la ciudad de una manera que en el caso de Sócrates se nos muestra bien patente: Sócrates, condenado a muerte, no

quiere huir ni escapar a las leyes de la ciudad, porque son esas mismas leyes las que lo han criado y permitido educarse y vivir vida civil. El individuo es hijo de la ciudad, que es la que ha permitido el legítimo matrimonio de los padres, la que lo ha educado y salvaguardado. Pero aun cuando la ciudad entra en crisis, desprenderse de la *pólis* no es tan fácil. Un apátrida errabundo como Aristóteles cree que en definitiva el hombre no se distingue de los animales sino por su sentido de lo bueno y lo justo. En este sentimiento se basan la familia y la ciudad (*Polít.* I, 2, 1253 a 15). La ciudad es por naturaleza —sigue diciendo el filósofo (*ibid.*)— anterior a la familia y al individuo. Aristóteles fundamenta esto con un silogismo cuya premisa mayor es que el todo es primero que la parte, pero no hacía falta probar esto a los griegos, que lo sentían ingenuamente. La ciudad era para ellos la única comunidad perfecta y suficiente. El hombre, como es bien conocido, es animal social (*zôion politikón*), es decir, ha de vivir en ciudad. Textualmente, el filósofo nos dice (*ibid.* 27) que «el que no puede participar en una comunidad y nada necesita porque se basta a sí mismo, no es parte de una ciudad, dado que es una bestia o un dios». Entre el salvaje bestial que no conoce la vida civil y el dios que se basta a sí mismo (y pronto el filósofo helenístico intentaría esta autosuficiencia con la doctrina estoica) está el hombre, y éste, en el mundo griego, no puede vivir más que en una ciudad. La vida ética tiene su fundamento en la vida política, es decir, en la vinculación del hombre a su *pólis*. En la evolución política posterior, que hoy nos toca examinar, para gobernar, ni la burocracia especializada ni la autocracia podrán sustituir esta noble actividad del hombre (cf. A. W. Gomme, *Essays in Greek History and Literature*, Oxford, 1937, 230). En la disolución de la *pólis* está un proceso no sólo político, que esto para nosotros no sería tan grave, sino moral. La muerte de Sócrates es por eso el momento en que se marca la crisis de la *pólis* (cf. Jaeger, *Paideia* II, trad. esp., México, 1944, pág. 88): sus leyes no sirven más que para matar al ciudadano más justo. Platón, toda la actividad intelectual de Platón y su apartamiento de la vida política está determinada por tal golpe.

La época helenística se parece a la nuestra, entre otras cosas que hemos apuntado, en que es universalista. El fantasma de la dominación universal, que con Alejandro se expresa en el mundo griego, tenía que borrar la significación política de la ciudad. Las monarquías de los sucesores de Alejandro continúan otros tipos de organización política, y el modelo del imperio persa o del reino de los faraones coexiste con verdaderas ciudades, fundadas con mentalidad helénica por los que se consideran otra cosa, pero eran los herederos de Darío o de Ramsés. La existencia de Alejandría como ciudad helénica en un reino egipcio es una antinomia que puede ser considerada como modelo. Los reyes de Siria fundan ciudades a docenas, y el número de Antioquías y Seleucias se puede comparar al de Alejandrías. Las ciudades de cuño griego surgen no sólo en las tierras del Asia anterior, donde habían nacido las ciudades de los cainitas en Mesopotamia y se habían desarrollado en Siria y Fenicia, sino más allá, en las montañas del Pamir o en las riberas del Indo. Dentro de las murallas de Jerusalén el helenizante Antíoco Epífanes pretende fundar una *pólis*.

Naturalmente que la *pólis* griega que surge en Bactria o junto a Babilonia tiene que desnaturalizarse. En general, los datos que tenemos de estas fundaciones no son muy abundantes, ya que los historiadores de la época helenística son de segundo orden y sus obras se han perdido. El único verdaderamente grande, Polibio, mira hacia Roma, y nos es más útil para el Occidente. Sólo de Egipto, la rica documentación de los papiros nos da abundancia de datos. Por ella sabemos cómo Alejandría era, frente al mundo egipcio indígena, la *pólis*, la ciudad por excelencia. Claro que las nuevas circunstancias históricas hacen de Alejandría algo muy distinto de una verdadera ciudad griega al modo clásico. Su composición heterogénea y sus dimensiones constituyen más bien una reunión de lo que se llamaban *politeúmata* o barrios autónomos. Ya Alejandro había unido la isla de Faro al continente por un muelle de siete estadios (unos 2 Km.) de longitud, que dejaba un puerto a cada lado: al este natural y al oeste artificial. Sobre el puerto oriental estaba el barrio regio, el *Brýchion* como se llamaba, en el que se le-

vantaban los lujosos edificios del palacio y los cuarteles de la guarnición regia, el Museo y la biblioteca. En el centro de la ciudad hallábanse las oficinas de la administración, los almacenes de víveres, el gimnasio. Al oeste, hacia la parte del barrio indígena, el gran templo de Sarapis, dios greco-egipcio, y una colina artificial dedicada al dios griego Pan, desde donde se podía disfrutar del panorama de la ciudad. Una calle central de una anchura de 30 metros era el bazar, la gran vía comercial. Las casas fueron siendo cada vez más altas, y ya antes de la ocupación romana tienen varios pisos. El agua del Nilo, convenientemente canalizada, era distribuida en un sistema de cisternas, y allí podían los habitantes acudir a surtirse. Al extremo oriental, más allá de los palacios regios, estaba el barrio de los ricos, con sus casas entre jardines. Si comparamos esta ciudad con Atenas o con Mileto, es como si comparamos Buenos Aires o Chicago con Florencia o Toledo.

Pues había surgido, contra la intención de la fundación, algo completamente nuevo. La *pólis* se había vuelto una *cosmópolis*: hacia el año 200 Alejandría era la ciudad mayor del mundo, todavía no sobrepasada por la Roma vencedora de Aníbal. Un papiro celebra la grandeza de la urbe, que reúne en sí al mundo entero, cuya campiña es el universo todo, y de las que las demás ciudades vienen a ser sus aldeas.

La transformación de *póleis* griegas en inmensas ciudades cosmopolitas se verifica también en Siria, especialmente desde que ya el fundador de la dinastía, Seleuco, traslada la capital desde Babilonia a Antioquía, por él mismo fundada. La realidad impone, sin embargo, desde el principio, conceptos nuevos. Los griegos que conquistan y colonizan Oriente junto con los macedonios, son concentrados en ciudades. Pero no todos los griegos viven en ellas, y es preciso organizar como entidades políticas a estos grupos de helenos esparcidos gracias a las necesidades de la colonización o la administración o la seguridad militar. En Egipto estas unidades análogas a las ciudades se llaman *politeúmata*, y las conocemos bastante bien; probablemente son equivalentes a ellas lo que en Siria, Asia Menor y Mesopotamia

se llaman *katoikíai*, es decir, colonias o establecimientos. Pero si los reyes de Egipto se encierran en Alejandría y abandonan la idea de la *pólis*, en cuanto salen de los muros de su capital, los reyes de Siria intensifican su política de fundación de ciudades. Antioquía, Apamea, Seleucia de Pieria y Laodicea forman la corona de capitales del Estado de los Seléucidas, vueltas hacia el mar y el mundo griego. Pero también las antiguas capitales del Oriente, la misma Babilonia, Ecbátana, Susa, reciben el sello del helenismo. Ya hemos dicho que el último de los grandes reyes seléucidas, Antíoco IV, fuerza esto hasta llamar Antioquía a Jerusalén, cuyas familias sacerdotales judías no rehuían los ejercicios de la palestra y desnudos se avergonzaban de su sacra circuncisión. Cómo era una fundación helénica en tierras orientales lo vemos en las excavaciones que los norteamericanos han hecho, desde más de treinta años ha, en Dura Europos, sobre el Eufrates, colonia militar en su fundación, que se fue transformando en población comercial, capaz de sostener los ataques de los árabes nómadas.

El aspecto de ciudad griega cubre muchas veces una realidad bárbara con barniz helénico más o menos espeso. Babilonia, por ejemplo, llegó a tener un teatro griego, un gimnasio y una organización municipal con magistraturas según el modelo helénico.

Cuanto más nos aproximamos al Occidente, es natural que la semejanza con la ciudad griega tradicional creciera. Pérgamo, que asciende a la categoría de potencia de primer orden, surge, sobre las ruinas del vacío dejado por la desaparición de Lisímaco y la debilidad de Siria, capaz de enfrentarse con las tribus celtas que vagaban por Asia Menor. Atalo I, en un largo reinado que casi cubre la segunda mitad del siglo III, hace de Pérgamo un centro cultural importantísimo y una ciudad mucho más puramente helénica que las otras capitales helenísticas. La grandiosa ciudadela, que podía parecer algo que superaba a la misma Acrópolis de Atenas, era como un escudo protector, no sólo de la ciudad que se extendía a sus pies, sino de todas las *póleis* de Jonia.

¿Qué ocurre mientras tanto en Grecia? ¿Cómo viven las antiguas ciudades que habían dado forma a la *pólis*? Es cu-

rioso que mientras, por ejemplo, el Derecho civil ático se generaliza por Oriente y Egipto en las ciudades helénicas, y un viento de unidad sopla entre los griegos que, procedentes de todas las ciudades y desarraigados de ellas como soldados, colonos, comerciantes o intelectuales, se ven mezclados con otros y aislados frente a los bárbaros, la vieja Grecia insiste en su particularismo.

Las ciudades tradicionales de Jonia o de Grecia siguen afeerradas a sus leyes, usos y costumbres. El particularismo se manifiesta en los diversos aspectos de la vida social y económica, como el calendario, la moneda, el Derecho mercantil. Sin embargo, las circunstancias imponen en muchos campos la unidad, como ocurre, por ejemplo, en la general difusión del Derecho marítimo rodio, reconocido probablemente, de modo tácito y consuetudinario, por todos los marinos en aguas griegas.

De la vida institucional de las ciudades griegas en estos siglos de crisis nos dicen algo, sobre todo, las fuentes epigráficas, que, como es de suponer, se han conservado en medida desigual y azarosa. Ya para el siglo IV, cuando la crisis se generaliza, las fuentes literarias y epigráficas se refieren de modo predominante a Atenas. De otras ciudades los historiadores han llegado a descubrir algo sólo combinando restos escasos epigráficos con noticias dispersas y el estudio de las monedas. De muchas regiones, nada. Tendemos a generalizar la idea de que Grecia estaba toda políticamente compuesta de ciudades, y olvidamos que zonas extensas, como Lócride y casi toda Arcadia más el noroeste entero, no habían llegado a desarrollarse económica y culturalmente como para pasar a la vida ciudadana. Son regiones campesinas, y sus labradores y pastores viven en aldeas o trashumantes tras sus rebaños, con una vida política muy primitiva, en la que la ciudad es nada más lugar de refugio en caso de guerra. Algunas de las regiones están llamadas a desempeñar un papel activo en los últimos tiempos de la independencia de Grecia.

Para establecer los supuestos económicos del desarrollo de las ciudades griegas en los siglos IV al II tenemos que recordar que el suelo pobre del país y los limitados recursos

que éste ofrecía no habían permitido desarrollarse economías más avanzadas sino gracias al comercio de exportación e importación, a la colonización de zonas productoras de materias primas y a una expansión de economía dineraria. Como Grecia era pobre ya entonces en bosques para construir barcos, carecía casi totalmente de metales y no producía alimentos suficientes para su población, tenía que basarse para todo en el comercio. La colonización fue desde el principio, en gran parte, una manera de colocar el excedente de una población demasiado densa para los recursos del suelo.

La Hélade clásica conseguía lo necesario exportando el vino y el aceite, muy buscados en los territorios coloniales. En Atenas llega, ya en el siglo V, a desarrollarse una industria manufacturera importante, con mano de obra esclava, que en ciertas ramas de la producción, como cerámica o armas y objetos artísticos de metalistería, apenas tuvo rival. Pero las luchas del siglo IV y la decadencia del poder político se reflejan en una crisis económica.

Las ciudades de Grecia, a lo largo del siglo IV, presencian la proletarización de su población y la falta de trabajo, a la vez que la escasez de comestibles y consiguiente carestía. La despoblación comienza en el siglo V, y las ciudades de Grecia ven clarear las filas de sus asambleas y de sus ejércitos. La inseguridad política creciente, la lucha de clases cada vez más acentuada y perceptible, el egoísmo de las gentes; el desplazamiento, en la industria y la agricultura, del trabajador libre por el esclavo, que era mano de obra más barata; y sobre todo, como gran causa, el desequilibrio resultante de una contracción del mercado, que, como señala Rostovtzeff, se debe en Grecia a las guerras continuas; en Oriente, a que la industria local desplaza a las importaciones griegas, y al desarrollo económico de Italia, que ya no necesitaba de productos de la agricultura o la industria de Grecia.

Pero no hay que olvidar que, de momento al menos, las grandes conquistas de Alejandro sirvieron para mitigar la crisis en Grecia. Es verdad que el desarrollo económico de Oriente no hizo sino precipitarse, pero los cuantiosos donativos de Alejandro a las ciudades, el botín traído por los oficiales y soldados que regresaron, la acuñación por Alejan-

dro de las inmensas reservas metálicas de Asia, la conversión del ejército enriquecido en consumidor de los productos industriales y agrícolas de Grecia, significan la entrada de riquezas importantes. La colonización, es decir, la fundación de ciudades griegas en los territorios conquistados, fue otro elemento de trascendencia económica. Si es exagerado el número de 75 que da Plutarco para las ciudades fundadas por Alejandro, es verdad que la importancia de algunas de ellas compensa de esta exageración; y, por otro lado, ciudades ya existentes, como Tiro o Gaza, entran dentro de la corriente económica helénica. Claro que estos desplazamientos económicos tuvieron consecuencias graves para las *pólis* griegas, pues una emigración activísima acentuó su despoblación.

Al plantearnos el problema de la decadencia de la *pólis*, nos encontramos con que, en vez de una interpretación catastrófica que nos permitiera señalar día y hora para el fin de la vida autónoma y normal de las más importantes, se trata de una evolución lenta y complicada, que no podemos fijar ni aun en los casos mejor estudiados y sobre más datos.

Si nos fijamos en la constelación de lo político con lo intelectual, un año para fechar el fin de Atenas sería el 262, cuando la somete Antígono Gonatas. En ese año muere Filémón, el último de los grandes poetas cómicos; Filócoro, el último gran historiador de Atenas, y Zenón, el estoico, el último gran filósofo creador. «Parece—dice Gomme en o. c. 224— que las musas abandonan Atenas junto con la independencia».

Pero ¿si hubiéramos vivido entonces, si hubiéramos sobrevivido a aquellas desgracias, habríamos visto las cosas así, como las ven los historiadores de estos tiempos? Seguramente que, de cerca, todo parecía de otra manera.

La vida es mucho más rica y complicada que las síntesis históricas. Nos preguntamos cuándo dejó de existir una *pólis*. Tomemos, por ejemplo, Atenas. ¿Cuándo deja de ser independiente? ¿Cuándo dejan de funcionar sus órganos vitales, sus asambleas, sus tribunales, su ejército, su escuadra? ¿Cuándo desaparece esa entidad viva que es la ciudad de Atenas?

¿Será cuando, en 338, sucumben sus tropas en Queronea ante Filipo? ¿O fue ya en 404, cuando Atenas cae ante Es-

parta? ¿Será cuando Antípatro la somete, después de la muerte de Alejandro, y Demóstenes, perseguido, se envenena en Calauria? ¿O sólo cuando la guerra de Mitrídates, en el año 86, devasta el Atica y reduce media Atenas a cenizas? ¿Cuándo ocurre la liquidación de un pasado, la ruptura de una tradición, en una palabra, la muerte de un ser no individual?

Sobre lo flotante de su límite nos ilustra un pasaje de Wilamowitz que será oportuno aducir. Para él, es el año 295 el que representa la ruina definitiva de Atenas: «Que este año de desventura —escribe (*Hermes*, XXII, 218, 1)— hace época en la historia de Atenas, de modo completamente distinto al 321 ó a la conquista por Gonatas (por no hablar de 338, que sólo la frase hecha puede considerar fecha decisiva), se ha puesto en claro sólo gracias a una inscripción (CIA, II, b). Qué es lo que significa en realidad que *gymnèn epoiese Lácares* a la diosa Atena lo muestran los inventarios de tesoros; después de él, los *tamiái* no tienen nada que inventariar. La trierarquía cesa, pues Atenas ya no tiene escuadra. Los arsenales están vacíos; nunca volvieron a llenarse... Si Lácares tiene alguna responsabilidad moral es dudoso, pero su nombre está unido a la catástrofe que dio el golpe de muerte al Estado ateniense. La generación que se extiende desde ésta a la conquista por Gonatas es la agonía».

Se nos habla aquí del saqueo de la ciudad por los mercenarios del general Lácares, sublevados contra ella. La ruina de la ciudad es completa; y, con todo, como A. W. Gomme (o. c. 221 s.) hace notar, la vida sigue. No sólo en los mismos años siguientes al desastre negocia Atenas ayuda de los reyes de Egipto y Tracia, sino que logra algún éxito militar: los atenienses recuperan el Museo, la colina que con su guarnición macedonia es la cadena visible que los sujeta; reconquistan Eleusis e incluso poco después, en 288-7, cuando Demetrio el Poliorceta ataca a Atenas, fracasa ante los muros de la ciudad.

Sería, pues, difícil dar una fecha. Falta ese golpe que es la muerte individual, y tenemos que hablar de larga decadencia, de hundimiento, de crisis, en una palabra.

Uno de los aspectos de esta crisis es la aparición de una

tendencia, que podríamos llamar socializante, ya desde los años centrales del siglo IV. Esta se puede observar en Atenas, no obstante el predominio de políticos prudentes y moderados, cuya labor se distinguió precisamente por imponer un equilibrio en esa dirección. Sobre los ciudadanos ricos recaen las cargas públicas directamente, y así se acentúan las llamadas *leitourgías*, que desde el siglo anterior obligaban a un ciudadano rico a construir una nave para la escuadra o a pagar una festividad; se crea un impuesto especial, el *theorikón*, para sostener los espectáculos, mientras que las fiestas son brindadas gratuitamente a los pobres. Incluso se acudió en muchas ciudades, para resolver la situación social, a que el ciudadano rico, a su costa, procurara a la ciudad el trigo que había de importar (*sitonía*); y si no pagaba siempre este ciudadano rico, al menos había de tomar sobre sí el riesgo y el trabajo de la operación mercantil. Semejante a esta carga era la *agoranomía*, es decir, la responsabilidad de que durante su magistratura hubiera para el pueblo víveres abundantes a precios razonables. Los fondos para estas importaciones eran muchas veces exigidos por la ciudad mediante suscripciones (*epidóseis*) o mediante préstamos más o menos voluntarios. Todo ello no hace sino acentuar la inseguridad económica. Junto a esta política social de apoyar a las clases desposeídas, ocurre una decadencia en el interés por la cosa pública, y, por otro lado, los progresos en el arte militar vuelven inútil el ejército basado en la conscripción de los ciudadanos, que no puede sostenerse frente al ejército de mercenarios, que operan como verdaderos especialistas, surgido en las luchas de los sucesores de Alejandro. Junto a la política social y a la desmilitarización del ciudadano, otro elemento de crisis que podemos estudiar en Atenas es que la religión se desliga de la *pólis*. A Sócrates pudo acusársele de que no creía en los dioses en que la ciudad creía y de que introducía otros nuevos, desconocidos en Atenas; pero medio siglo más tarde cultos egipcios y orientales penetran en Atenas y en otros puntos de activo comercio de Grecia. Es que la religión se vuelve asunto individual y la religión de la ciudad no basta; junto a los cultos extraños se extiende entre las gentes ilustradas la conciencia de que en el interior

del hombre hay un santuario. No hay que olvidar que la filosofía, al día siguiente de la muerte de Aristóteles, no había renunciado aún al intento platónico de convertirse en gobernante del mundo. En Atenas, donde la filosofía predominaba, el dinasta macedonio Casandro gobernó mediante un filósofo: Demetrio de Falero, discípulo de Aristóteles y amigo de Teofrasto, hombre de refinada cultura, que durante diez años mantuvo la paz en Atenas, corrigiendo algunos excesos de la legislación socializante que gravaba a los ricos en beneficio de los pobres, y dando leyes contra el lujo. El aristotélico Demetrio fue considerado como un tirano; y, frente a él, otro Demetrio, el hijo de Antígono, fue recibido como liberador. En honor suyo, y para que este general pudiera iniciarse en los grandes y en los pequeños misterios eleusinos, los atenienses tuvieron que alterar aquel año su calendario. Lo más sagrado y en lo que la *pólis* había reposado durante siglos, era profanado y servía a las circunstancias políticas. Naturalmente que ello tiene su cara positiva, pues que la religión se volviera más individual y menos nacional es un progreso en la historia del espíritu humano. Pero la *pólis* sufre con ello, como sufre también por el hecho de que la filosofía de Sócrates y sus descendientes se extendiera a gentes de las razas más diversas; y, en el siglo III, filósofos de nombre griego son nativos de Babilonia o de Cartago. Una misma serena y melancólica consideración del mundo dio consuelo a mentes superiores de raza y origen diverso. Los cultos oficiales de la ciudad no dan satisfacción a las nuevas inquietudes religiosas, que se vuelven, sobre todo en las clases menos cultas de la población, hacia los panteones orientales, transformados también en algo desnaturalizado y de valor universal.

Los filósofos, a veces, se convierten en consejeros de los reformadores sociales. Plutarco (*Filop.*, I, 3) nos cuenta que el tirano Aristodemo de Megalópolis fue muerto por unos ciudadanos que eran amigos y discípulos de Arcesilao, el gran escéptico de la Academia media.

Ya vimos que lo característico de la *pólis* en los tiempos clásicos era constituir un poder político enteramente autónomo. Las relaciones entre las ciudades eran como eran hasta

hace poco las relaciones entre las naciones. Pero en la época helenística esta autonomía desaparece, y ahí tenemos la decadencia de la *pólis* señalada con sus rasgos más visibles. Desde Filipo, cada vez con mayor violencia y menores consideraciones, los soldados y los dinastas helenísticos arrastran y pisotean en sus luchas las antiguas ciudades autónomas. Naturalmente que ello no ocurre en un día, y que hay, en pocos años, una distancia grande entre el respeto y la diplomacia de Filipo y Alejandro frente a Atenas y la simple ocupación militar de Antípatro. Todavía Antígono el Tuerto, que intenta seguir fielmente a Alejandro y reclama su herencia entera, y su hijo Demetrio el Poliorceta, en su lucha contra Casandro, pretenden seguir aquella tradición política, pero la tendencia a equiparar las ciudades ocupadas o simplemente aliadas con las conquistadas militarmente era demasiado fuerte, y cuando ello es necesario, hacen tabla rasa de la autonomía de las ciudades. Las contribuciones de las ciudades se organizan ya por Lisímaco y Demetrio.

La devolución a las ciudades de su independencia es el espejuelo que usan los dinastas para atraérselas en sus luchas. Antígono Dosón, rey de la última dinastía de Macedonia, utilizó estas promesas, y, a veces, los reyes «restauraban» solemnemente la libertad de las ciudades, como hizo en Jonia Antíoco II de Siria. Tampoco aquí podemos señalar un momento en que la *pólis* desaparezca. La crisis es larguísima, y se extiende durante los siglos IV a II, y aún más tarde. En la práctica, las relaciones entre las ciudades y los dinastas dependían de las circunstancias y de las personas. En un momento de peligro cesaba toda contemplación, mientras que las apariencias eran bien guardadas cuando la tranquilidad lo permitía. Los príncipes tenían un *epistátes* o delegado, que intervenía las actuaciones de los magistrados u órganos de gobierno tradicionales en la ciudad; no siempre era opresor. La presión de las guarniciones macedonias en Grecia es fuerte alrededor de los puntos estratégicos, como el Acrocorinto, el Pireo o Muniquia, Calcis, pero ello no supone violencia para las ciudades o puntos que en un momento dado tienen interés estratégico, los cuales viven en la paz libres y creyendo que continúan su historia de ciudades libres.

En realidad esta libertad la siguen usando en un aspecto: para servir de peones en la lucha entre los dinastas. Así ocurre con las ciudades de Grecia que intervienen en las guerras entre Egipto y Macedonia y que así ejercitan el libre derecho de combatir entre sí. Más tarde Agelao, cuando en 217 apela a la unidad de los griegos frente a Roma, enuncia como una esencial prerrogativa de la libertad tal derecho.

Las *poleis* volvieron a luchar entre sí encarnizadamente. En el siglo IV se consideraba un crimen, en las guerras entre griegos, el saqueo de una ciudad y la venta de sus ciudadanos como esclavos, pero en la toma de Mantinea por la liga aquea en 223 tal horrenda costumbre reapareció. Filopemen, que fue llamado honoríficamente el último griego, vendió a muchos espartanos como esclavos (Plut. *Filop.* 16, 6-9) y derogó las leyes de Licurgo, tan admiradas durante siglos por Platón y por los griegos más ilustres. También con la ruina de las ciudades marítimas reaparece la piratería, y la inseguridad era grandísima en la Grecia del siglo III. La falta de un orden político se tradujo inmediatamente en el empobrecimiento del país. El ejemplo de los reyes helenísticos operó de modo perturbador, al hacer sentir a todo ciudadano que se distinguía por su habilidad política o militar que él estaba llamado a ser el salvador de sus conciudadanos. La mochila de cualquier modesto estratega estaba cargada con el peso de un cetro de rey. Plutarco (*Filop.*, 4, 8) nos cuenta que el joven Filopemen leía continuamente las historias de Alejandro. La clase media de artesanos y comerciantes se fue empobreciendo y se halló reducida a sufrir como proletaria la competencia de la mano de obra esclava. Las numerosas guerras lanzaban continuamente al mercado nuevos esclavos, y la consecuencia era la continua baja de los salarios. La diferencia entre pobres y ricos se acrece, a la vez que, como ha estudiado Rostovtzeff, la riqueza se concentra en pocas manos.

En esta lucha de clases tenemos una de las contradicciones que arruinan la vida de la *pólis*. El bienestar crece en el siglo IV, es decir, el total de riqueza existente sigue creciendo, pero se concentra cada vez en menos manos, como ha visto Kaerst en su *Geschichte des Hellenismus* (I, Berlín, 1917,

119 s.). La ciudad resulta impotente para salvar a las masas de la miseria creciente. Uno de los remedios de la miseria, la emigración, ya no es gobernado por la *pólis*, como en los primeros tiempos, cuando era capaz de fundar colonias, sino que pasa a ser canalizado, y en provecho propio, por Alejandro y sus sucesores. La ciudad no sirve para salvar una de las paradojas económicas que agobian a los hombres en la época helenística.

La *pólis* sucumbe como organismo político ante lo que H. E. Stier (*Grundlage und Sinn der griechischen Geschichte*, Stuttgart, 1945, 289 s.) ha llamado «revolución griega», es decir, al cambio repentino que ocurre con Alejandro y entre cuyas notas señala este autor tres: la aparición de la ciudad universal, la cosmópolis, donde todo se funde; la subida al poder del *anèr basilikós* que Platón había soñado; la nueva irreligión, que borra los fundamentos divinos de la vida ciudadana.

Ya hemos aludido a la primera de estas notas. La ciudad mundial, Alejandría o Antioquía, que surge con griegos venidos de todas partes, con macedonios, con bárbaros plenamente incorporados a la cultura helénica, y en sus suburbios con bárbaros completamente sin helenizar, se gobierna, por ejemplo, con el derecho ático, como sabemos de Alejandría, lo mismo que Nueva York o San Paulo reducen a ley uniforme a emigrantes llegados de todos los continentes.

Platón había imaginado en el *Político* que el rebaño está bien gobernado porque no se gobierna a sí mismo. mientras que los hombres están gobernados por hombres. A falta de ángeles en este mundo, sería preciso que un rey excelente, sobrehumano, un *anèr basilikós*, se hiciera cargo de la administración y gobierno de quienes no están preparados para el mundo por la filosofía. Pero el soñado superhombre filósofo se convirtió en la realidad en el guerrero dictador. Los superhombres militares emprendieron titánicas luchas, en las que el único freno para no hundir totalmente las conquistas de la civilización fue la tecnificación y especialización de los ejércitos. Las luchas por el dominio del mundo se hacían con grupos escogidos de tropas que se movían sobre el escenario mundial como sobre un tablero de ajedrez. Las

batallas en las que se decidía el dominio sobre medio mundo no eran batallas de masas, ni había generalmente saqueos ni destrucciones de ciudades. En el mundo oriental, por otra parte, la vida ciudadana no era tan delicada como en Grecia, y las consecuencias de una batalla no eran nunca tan graves.

El otro aspecto de la «revolución griega» fue la secularización en gran medida de la vida civil. La religión incluso es utilizada como *instrumentum regni*, y así tenemos, por ejemplo, que Ptolomeo I favorece el desarrollo del culto de Sarapis, en el que la fusión de rasgos griegos y egipcios hacía al dios apto para ser adorado por los dos estamentos del reino. La filosofía ya hemos visto que es otro de los elementos de disolución religiosa, y la fe popular se desplaza desde los dioses helénicos a los bárbaros. Para el factor emocional de la religión, resultan poco estimulantes los cultos oficiales, y se busca el atractivo del culto nocturno, de los instrumentos de percusión, de las procesiones y las danzas, de la castidad temporal o de las orgías. Junto a esta religiosidad basada en los sentidos, la razón se hace más o menos independiente de la religión, aparecen ya declarados ateos.

Todo ello supone la ruptura de los lazos del hombre griego con la *pólis*.

¿Podemos entonces hablar de decadencia o degeneración de la *pólis*, de decadencia o degeneración del pueblo griego? La verdad es que si entendemos por decadencia o degeneración la pérdida de energía creadora o de vitalidad, el pueblo griego durante toda la época helenística crea mucho y demuestra una colosal vitalidad. Gomme (o. c. 234) señala muy bien que no puede hablarse de decadencia de los helenos en la época helenística. Es entonces cuando la ciencia griega llega a su mayor altura. La medicina, la astronomía, la erudición literaria, las matemáticas, la técnica alcanzan su mayor altura y sólo serían superadas en el Renacimiento. Las conquistas y descubrimientos del siglo IV y la tremenda colonización de Oriente sólo sería igualada por los españoles en el siglo XVI. Y, sin embargo, nuestra impresión es que la *pólis* y Grecia en general decaen de modo irremediable. ¿Cómo se explica esto? En realidad, porque hemos de pen-

sar que el polo opuesto de florecimiento no es tanto la decadencia y el empobrecimiento y la falta de vitalidad, como la incoherencia, la inarmonía, la falta de cohesión entre los distintos aspectos de la vida del pueblo. Son las contradicciones de la vida griega de los siglos IV al I las que indican su decadencia, es la inadecuación de la *pólis* a la vida política de la época la que significa algo mortal para la misma *pólis*.

Algunas de estas íntimas contradicciones ya las hemos señalado. La *pólis* no sirve para mantener un equilibrio económico entre las clases, pero, sin embargo, los estados helenísticos son ciudades todavía, o se basan en ciudades. La corte persa del gran Rey era todavía nómada, mientras que Lágidas o Seléucidas no pueden tener su corte sino en ciudades de tipo helénico. Y aun después de la anulación de la *pólis* como entidad política y de las humillaciones de ciudades ante los reyes militares, subsisten con rango secundario *póleis* como Rodas, que era una primera potencia marítima y comercial, Argos, Mesene, resucitada para contrapesar a Esparta, Bizancio y Cízico, en la zona de navegación que servía al comercio del Mar Negro.

El mayor teórico de la *pólis*, Aristóteles, era ciego para la significación de las conquistas de Alejandro Magno. En sus obras sobre la política no percibe lo que estaba ocurriendo por el mismo tiempo, y se obstina en hacer inventarios de constituciones de ciudades, o por separado, catálogos de instituciones bárbaras (*Nómima barbariká*), sin soñar que pudieran fundirse griegos y bárbaros como lo estaba intentando en sus días Alejandro (cf. págs. 61 ss. de *Los hechos políticos en Platón y Aristóteles*, que publicamos en Buenos Aires, 1954). La fusión de griegos y bárbaros, que Alejandro planeó genialmente, dejó a su muerte de ser un ideal, y la idea reaccionaria que sostenía la superioridad *ab origine* del griego sobre el extranjero se impuso hasta que al cabo de mucho tiempo el estoicismo y el cristianismo la superan.

Una teoría política que tomara en cuenta la realidad de los reinos helenísticos fue surgiendo sólo más tarde, y principalmente debida a los estoicos, cuyos orígenes son, como se sabe, menos helénicos que los de otras sectas filosóficas.

La ciudad está llena de contradicciones. Se desvitaliza y arruina. Se pierden sus mitos, sus ritos, las creencias en que se basa la adhesión a ella de sus ciudadanos. La emigración no es un destierro, ni tiene que estar el emigrante, al menos en la colonia, protegido por las mismas divinidades nutricias. El comerciante, lo mismo que el intelectual, va a buscar su fortuna o sus medios de trabajo en la corte del rey o en las ciudades de los confines del mundo donde asoma el Dorado de las grandes conquistas.

Atenas, por ejemplo, nos ofrece en el siglo IV un claro ejemplo de la íntima contradicción económica que la socava. El mismo pueblo soberano es dueño del Estado, y a la vez depende económicamente de él. Es decir, que el ciudadano es un asalariado del Estado, pero en cuanto votante tiene en la mano a su patrono (Kaerst, o. c. 124). Tal es la clave de esa política social ateniense a que antes nos referíamos. La política socializante que descarga al Estado de obligaciones imponiéndoselas a los ciudadanos ricos se explica por el hecho de la democracia. Esto contribuye así a desligar a los ciudadanos y a separarlos de la *pólis*.

La lucha social se complica además con la lucha política interna. En Plutarco leemos que Agis y Cleómenes querían establecer en Esparta un régimen de justicia social y basarse en esta revolución para levantar el poder real frente al de los éforos. Lo tremendo de estas luchas es que en la *pólis* carecen de todo horizonte abierto. Si comparamos la lucha de Agis y Cleómenes con la de los Gracos en Roma, vemos cuán desesperada es la de los reyes espartanos, que sueñan con establecer un poder personal aceptado voluntariamente por los súbditos salvados por una revolución social (*krateîn hekónton*: Plut. Ag. y Cleóm. 22). La empresa de los Gracos fracasa también trágicamente, pero no es un estertor de agonía de una *pólis* en su final. La descendencia de los Gracos, nos lo hizo ver Mommsen, son Mario y César. En la *pólis* la revolución social era imposible.

Nada más obcecado que aquella pobre Agiatis, que viuda del rey revolucionario Agis, y casada a la fuerza con Cleómenes, casi un niño, el hijo del matador de Agis, transfiere

a éste la antorcha de la revolución social, y lo lanza así al sacrificio inútil.

Otro ejemplo de incoherencia que observamos en Atenas es la ley de Sófocles contra los filósofos. Ha pasado casi un siglo desde la muerte de Sócrates. Después, la Academia y el Liceo aristotélico han dado a Atenas su mayor lustre. Pero en la reacción que sigue a la expulsión de Demetrio de Falero se trata de impedir que los aristotélicos, tachados de instrumento de Macedonia, vuelvan a predominar en Atenas. Lo que en la ejecución de Sócrates fue un trágico choque entre la filosofía y la ciudad, la tradición y la crítica, ahora no es más que un episodio de lucha política. La ley se da en 307 a. C., pero en seguida es derogada. La *pólis* ateniense, cada día menos importante políticamente, va a ser definitivamente la capital de la filosofía. Recordemos aquella escena del último libro del *De finibus* ciceroniano en la que el orador romano, con su hermano y sus amigos, pasean en la Academia y peregrinan por Atenas, lugares santificados (*nobilitata spatia*) por el paso de los filósofos de antaño. La técnica se desarrolla en Alejandría y en Siracusa; en Alejandría y en Pérgamo se refugia la erudición; los libros pasan el mar y dejan Atenas, pero la filosofía sigue hasta un milenio después teniendo allí un hogar. La ley de Sófocles es una incoherencia más, que muestra que las leyes de la *pólis* ya no representan nada profundo.

Otra de las incoherencias de la vida política de las ciudades consiste en la transformación de la lucha de clases en guerra civil. En efecto, en las grandes guerras entre los herederos de Alejandro, y cada vez más en los tiempos subsiguientes, cuando Grecia es disputada entre Egipto y Macedonia, o más tarde, entre las ligas de Grecia y la República romana, o en la guerra de Mitrídates contra Roma, cuando el rey de Asia ocupa toda Grecia hasta Atenas, y se apoya en las clases desposeídas y explota en su beneficio el resentimiento contra los capitalistas romanos, que explotaban Asia menor, los bandos políticos que se disputan el gobierno de las ciudades renuncian a todo patriotismo local para exterminar y aplastar a sus contrarios con la ayuda del invasor extranjero. La simpatía por los dominadores extranjeros supera

a todo sentimiento de ciudadanía, y un cambio de alianza acarrea la sustitución, muchas veces sangrienta, de los magistrados.

Es verdad que ello no era nuevo del todo, y que en las guerras del tiempo clásico los partidos políticos tenían sus afinidades en la política de alianzas. Recordemos que en la guerra del Peloponeso los espartanos instauran allí donde llegan la oligarquía, mientras que los atenienses apoyan por doquier a las democracias locales. Pero el signo de la lucha social preside ahora, con su dureza característica, estos cambios en el régimen de cada ciudad combinados con asoladoras guerras generales.

La lucha social desarticula toda pervivencia de la política autónoma de las *pólis* y esto nos explica, mejor que nada, la decadencia de ellas. Desaparecidas las leyes y costumbres de convivencia, se acude a fórmulas de poder personal omnímodo. Unas veces es un tirano demagógico el que surge y predomina por algún tiempo, así el feroz Apolodoro de Casandrea, o Aristótimo de Elea. Otras veces era la tiranía moderada y conservadora de un orden social amenazado, y así hubo tiranos con prestigio de benefactores, como Aristómaco de Argos y Aristodemo de Megalópolis.

El empobrecimiento de Grecia no debe hacernos olvidar que el país continuó siendo uno de los de más adelantada economía. Viñas, olivos, huertos, pesquerías, minas y canteras, industrias como cerámica y metalurgia, eran las bases de una vida económica que se resistía a sucumbir ante los graves males que la amenazaban: la pérdida de los mercados exteriores por la competencia, y la contracción del mercado interior por el irremediable empobrecimiento de las gentes.

En otro aspecto se manifiesta la decadencia de la *pólis*: en la aparición de tipos de organización política que la absorben. De la misma manera que en nuestros días la existencia de «naciones» de tipo colosal, como los Estados Unidos o la Unión Soviética, fuerza a los países menores a agruparse y se impone la unión europea por ejemplo, las ciudades griegas, para competir con las monarquías helenísticas, desarrollan una organización «superestatal» diríamos, que engloba-

ba diversas ciudades. Así tenemos el *koinón* o comunidad. Quizá el modelo de esta organización viene a Grecia de los pueblos más atrasados del noroeste, donde, como ya vimos, la *pólis* apenas existía. Allí surgen ligas que podríamos llamar superestatales, que abarcan varias organizaciones de tipo nacional. Ligas de este estilo son la aquea, en el golfo de Corinto; la focidia, la tesalia, la etolia, en los confines septentrionales. Otro *koinón* de estos era el de Creta. Antígono Dosón hace una confederación de ciudades griegas en 224, pero a diferencia de la confederación de Corinto hecha por Filipo y Alejandro y renovada por Demetrio, la de un siglo más tarde es, más que de ciudades, una federación de ligas regionales, una confederación de federaciones. Plutarco (*Filop.* 8, 2) compara estas uniones a las aglomeraciones de materiales que los ríos empujan: primero se reúnen cuerpos pequeños, después se va sumando lo que trae la corriente, y termina por formarse un dique. Pero las reuniones de *póleis* y de federaciones nunca llegaron a formar un dique que las salvara de ser arrastradas.

Entre estas ligas tiene una significación especial la etolia. En realidad, en los comienzos de su importancia política tiene un carácter muy arcaico, y nos traslada al tipo de vida política que pudo ser el de Atica antes de Teseo. Su centro federal era el templo de Apolo en Thermos. La asamblea general era militar. Se elegía anualmente un general, que no podía ser reelegido sino al cabo de algunos años. Pero cuando la liga se amplió, y entraron pueblos y ciudades cada vez más alejados, la asamblea fue volviéndose más difícil de reunir, y entonces un consejo de magistrados permanentes, especie de delegados representativos, asesoraba al magistrado anual. Tal fue el organismo político que atrajo a Roma al otro lado del mar Jonio y que dió las últimas batallas por la autonomía de Grecia.

Por todas partes las *póleis* resultaban insuficientes para la tarea política, social y económica de estos siglos. Sin embargo, los reyes helenísticos, como más tarde los romanos, tienden a concebir como *pólis* a toda agrupación urbana de cultura helénica. Los reyes de Siria dan categoría de ciudad griega a todos los centros urbanos con cultura suficientemen-

te adelantada. Y más tarde Pompeyo, cuando vence a Mitrídates del Ponto, intentaría dividir su reino en territorios que pudieran organizarse como *póleis* griegas.

Si analizamos rigurosamente, descubrimos que los estados helenísticos no llegaron nunca a superar con eficacia los defectos y limitaciones de la *pólis*. He aquí una de las causas de su debilidad. Egipto no tiene más que una gran ciudad, Alejandría, y el resto del país vegeta siempre bajo la tradición faraónica, sólo alterada en la medida impuesta por la administración y el ejército de la dinastía macedónica. La monarquía siria pierde una tras otra sus provincias orientales, y se refugia en sus ciudades mediterráneas, en Antioquía especialmente.

Macedonia en primer lugar, que fue la que más pesó sobre el territorio de Grecia, ennoblecido por las más famosas *póleis*, fracasó como poder unificador (Gomme o. c., 226 s.). La *pólis* no fue superada, y Macedonia, ni con Antípatro, ni con Casandro, ni con toda la dinastía de los Antígónidas, fue capaz de conducir a Grecia. Digan lo que digan los historiadores modernos, no existió una verdadera dominación macedonia en la Hélade, y el mismo ideal panhelénico de Isócrates se basaba en las autonomías locales. En realidad antes de Roma no surgió ningún poder con eficacia unificadora en Grecia.

Y, sin embargo, y esta es otra de las paradojas e incoherencias de la *pólis* helenística, una corriente de uniformidad acerca unas a otras las ciudades. El universalismo de la economía y la cultura impone patrones semejantes en el comercio greco-oriental. En cuanto al derecho que regulaba toda esta vida económica, Rostovtzeff cree que hay que suponer una especie de *koiné* jurídica helenística con ligeras variantes locales, pero en este campo, como en general para toda la época, sólo Egipto nos ofrece documentación abundante. Las ciudades griegas en todas partes se uniforman en cuanto a la administración, sus sistemas tributarios, su modo de vida. La educación en las escuelas griegas es la misma por todas partes, y ello es la clave de esa uniformidad. Lo que había sido cultura viva, se fija en un cuerpo tradicional y que se transmite de modo rutinario. La educación igualada univer-

saliza los espectáculos, la gimnasia y los deportes, la música y las diversiones.

También en lo material las ciudades se asemejan entre sí. Las ciudades de Grecia conservan sus monumentos viejos y sus callejas estrechas y tortuosas, pero el plano moderno de calles rectas que se cruzan perpendicularmente, que un jonio, Hipodamo, creó para el Pireo en tiempos de Pericles, se extiende por todas partes, y se usa en Alejandría y en las fundaciones regias en todo el Oriente. Es verdad que la uniformidad de estas ciudades, distantes miles de kilómetros entre sí, era más aparente que real. Y el pueblo egipcio, sirio, asiático, que poblaba sus barrios pobres, no esperaba más que la decadencia del helenismo, que lo recubría con superficial barniz, para hablar a gritos en su lengua y expresar su alma oriental y extraña.

Las metrópolis de los reinos orientales son *póleis* en su ideal de derecho y de cultura, pero en la realidad son cosa muy distinta. Las antiguas *póleis* griegas decaen en los siglos III y II para llegar a su punto más bajo de abandono y despoblación después de las devastaciones de las guerras civiles romanas del siglo I a. de C. La guerra, además, se fue haciendo más dura y cruel a medida que avanza esta época. Polibio nos da atroces pormenores de esta barbarización progresiva. Los romanos aparecen en la tierra de Grecia con una codicia y una dureza que deja atrás las de todos sus predecesores. El propio Tito Quincio Flaminio, saludado como libertador, y que reúne, otra vez, una asamblea en Corinto, para declarar libres a los griegos, comenzó por arruinar y saquear toda la Grecia central y del norte. De su expedición liberadora se llevó doce millones de sestercios. La piratería vino a intervenir en estas luchas como aliada de Filipo V de Macedonia, del tirano espartano Nabis, de los etolios, etc. La falta de capacidad de las ciudades para mantener el orden en las campañas y en el mar se manifiesta en el florecimiento del bandidaje y piratería. Cuando los rodios eran capaces de impedir a los cretenses que siguieran actuando como piratas, sus esfuerzos eran inutilizados por el rey Filipo V de Macedonia, que sostuvo a las ciudades de piratas en la llamada guerra de Creta (204-201).

El aislamiento y autonomía de la *pólis* había terminado, pero los instrumentos políticos de una organización superior no existían aún. Por una parte las ciudades se incorporaban a ligas regionales, de las que ya hemos hablado. Por otra, como expediente para superar las limitaciones del derecho de ciudad, surgía la concesión extraordinaria de la ciudadanía. El ciudadano de una podía serlo a la vez de otra u otras, bien que al principio la efectividad del ejercicio de estos derechos se hiciera depender de la residencia. Más tarde la residencia no se exigía. Más trascendencia tenía el acuerdo bilateral entre ciudades, la *isopoliteía*, por la que el derecho de ciudadanía era recíproco para los habitantes de una y otra. Desde comienzos del siglo III Atenas tiene tal derecho establecido con Priene, más tarde con Rodas. Mileto estableció la *isopoliteía* con un grupo de ciudades.

Por tales medios se unificaban, por encima de la estrechez de la antigua *pólis*, intereses y derechos diferentes. Un factor de paz y de orden fue la penetración romana en la segunda mitad del siglo II. La presencia de *negotiatores* italianos, tanto en Grecia como en Asia Menor, activa y desarrolla la vida económica. Sin embargo, aunque los romanos tendieron a pregonar siempre la libertad de los griegos, la autonomía de las ciudades griegas se volvió entonces una ficción. Al principio Roma impone un protectorado que se ejercía mediante legaciones y comisiones senatoriales, o bien llamando a Roma a los reyes o personajes principales; después organiza simplemente un gobierno provincial, mediante magistrados anuales. Las provincias de cultura helénica eran gobernadas como *praedia*, posesiones del Estado romano, y funcionaban con un régimen que bien podemos llamar colonial. Sin embargo, como dice Rostovtzeff, no todo es negativo en esta evolución político-social y económica. Si por un lado la dominación romana es el fin de un largo camino, la creación de un estado de dimensiones mundiales resuelve problemas a que la vieja *pólis* no había sido capaz de acudir. El estado mundial vuelve a abrir la coyuntura económica que había apuntado en el momento de las grandes conquistas de Alejandro. El Occidente, que ya tenía relaciones con Oriente, fue in-

corporado en mucha mayor escala a la vida, económicamente más desarrollada, de Oriente.

Diríase que el ciclo de la *pólis* queda así cerrado. Sin embargo, la ciudad antigua pervive todavía, y de Atenas a Nápoles, a Marsella, a Barcelona, el sentido de la ciudad, con su vida autónoma, al aire libre, su amor localista, pervive, por debajo de siglos de otros sistemas de poder político. Las antiguas *póleis* griegas no llegaron a comprender que su época estaba pasando. Durante la larga crisis, y hasta que quedaron incorporadas al Imperio romano, bajo el que vivirían en paz medio milenio, se resistieron a admitir la nueva realidad, que apuntó en las monarquías helenísticas, y logró su perfección bajo Roma.

No de otra manera que —si me permitís un recuerdo personal— Adolfo Hitler, en el otoño de 1941, especulaba con el hecho de que los Estados Unidos no eran una nación del tipo de las de Europa, y por consiguiente, pensaba él, no podrían resistir las bravas sacudidas de una guerra nacional al modo de la que hacían o sufrían los pueblos de este viejo continente. La historia es el reino de lo imprevisible, y desde un tipo de organización política no se puede calcular cómo va a funcionar el llamado a desplazarlo.

En la profunda crisis de nuestro siglo, una de las semejanzas que nos sorprenden al estudiar la época helenística es la desesperación en que en el fondo nos hallamos de que las naciones sirvan para algo. Desde su altura de superaciones, de estructuras colosales, los Estados Unidos o la Unión Soviética pueden o invitar a las naciones del viejo continente a que se unan en estrecha cooperación, o a que se incorporen sumisas a su revolución social, porque ellos están ya en la estructura política de mañana. A nosotros, como a los griegos de la larga crisis del helenismo, nos ha tocado vivir cuando la *pólis* no sirve y cuando no nos podemos resignar al imperio que nos iguale y mezcle bajo un mismo poder.

En la gran encrucijada de nuestro siglo la historia de las crisis atroces de aquella época se puede sentir tan cercana, que en una reseña de la obra de Rostovtzeff, el que luego fue Presidente de la República italiana, Luigi Einaudi, creyó poder discutir, con los ejemplos de la organización de los

Estados helenísticos, el problema de la economía libre y la economía estatalmente dirigida. En el cuadro del agotamiento de Siria y sobre todo de Egipto, donde un capitalismo de Estado llega a controlar todo el comercio exterior y la producción de las mercancías vitales del consumo interno, creía Einaudi que hay una lección para las economías de Europa en el siglo XX. Yo no sé si hay o no lección, pero nos sobrecoge que el gran problema económico de los siglos III a I antes de nuestra era sea el de la lucha entre un socialismo de Estado, representado por los reyes helenísticos, y una economía libre, representada por las antiguas *pólis*. La evolución histórica pareció dar por de pronto la razón a las monarquías helenísticas, que predominaron sobre las ciudades y las vencieron; pero da que pensar al observador desapasionado que las monarquías helenísticas basadas en la economía dirigida fracasaron, mientras que el gran capitalismo de Roma triunfó a continuación.

¿Nos atreveremos a sacar de aquí una lección? La historia, para prevenir, es como la experiencia de los viejos: que no sirve, porque las circunstancias son infatigablemente distintas y porque las nuevas generaciones no se fían de la experiencia y quieren correr por su cuenta el riesgo. Quizá eso es lo que quería decir el viejo Heráclito cuando dice que el destino es un niño que juega a las damas. Después de la jugada de la *pólis*, el tremendo niño hizo la de las monarquías helenísticas y luego, jugada increíble, la del Imperio romano.